

Nuestro Vietnam

Rolling Stone,
abril de 2000

ROSARIO, 22 DE NOVIEMBRE DE 1999

Eduardo Adrián Paz subió la escalinata que conduce a la torre central del Monumento a la Bandera. En la boletería pagó un peso la entrada al mirador. Seis tandas de siete escalones y un descanso en cada una lo llevaron hasta el ascensor. Lo acompañaba el ascensorista. Esperó a quedarse solo. Buscó el mirador que da al río Paraná, subió al pedestal del telescopio, forzó un barrote del enrejado de alambre y se tiró desde 70 metros de altura.

Se estrelló sobre la proa del monumento, bajo la frase de Manuel Belgrano en relieve (CUÁN EXECRABLE ES EL ULTRAJAR LA DIGNIDAD DE LOS PUEBLOS VIOLANDO SU CONSTITUCIÓN), entre la cruz y la estatua de La Patria Abanderada.

El oficial subayudante Miguel David, de la Comisaría 1ª de Rosario, describe con la precisión de un forense que Eduardo Adrián Paz quedó prácticamente partido por la mitad. Tenía desprendimiento de masa encefálica y fracturas expuestas en los brazos y en las piernas, y su estómago se había vaciado. "Vi muchos cuerpos de suicidas, pero nunca había visto nada parecido a esto", comentó.

Eduardo Adrián Paz -"Tachi"- tenía 38 años. Era separado, padre de seis hijos, y aguardaba que el Estado se dignara pagarle la pensión que le correspondía. Tachi era un ex

combatiente de Malvinas. Uno más entre los cientos que decidieron suicidarse a lo largo de los dieciocho años que pasaron desde el final de la guerra.

LINIERS, 19 DE FEBRERO DE 2000

Fernando Quinteros, Walter González y Claudio Maximiliano Estigarribia venden reglas de 15 centímetros con la inscripción “MALVINAS ARGENTINAS para siempre!!!”, en los trenes del ex Ferrocarril Sarmiento. Fernando es el que habla; Walter, el encargado de repartir las reglas. Claudio Maximiliano Estigarribia –“Maxi”– recoge las reglas de manos de cada pasajero y, de cuando en cuando, recibe alguna moneda. De vagón en vagón, el discurso de Fernando es siempre el mismo:

Muy buenos días, señores pasajeros. Pertenecemos a un grupo de ex soldados combatientes de Malvinas que hoy nos encontramos acercándoles una simple regla, las cuales les pedimos que tengan la amabilidad de recibir, al menos por un momento y sin ningún compromiso. Porque los únicos que debieron tener compromiso con nosotros fueron los que nos gobernaron desde aquel conflicto hasta la fecha, ya que, juntándolos a todos ellos, llegaron a hacer muy poco por nosotros. Todavía. Comprendemos la situación económica y laboral que atraviesa nuestro país. Por eso es que estas reglas no tienen valor impreso alguno, ya que el mismo queda a voluntad de lo que cada uno de ustedes deseen y puedan colaborar.

Cada uno de nosotros tiene un certificado expedido por el Ministerio de Defensa, que junto con nuestros documentos certifica que somos ex combatientes. Y que alguno de ustedes lo solicite, no nos molesta para nada.

Desde ya, les pedimos disculpas si les causamos alguna molestia. Muy amables por su atención, y que tengan todos ustedes un muy buen viaje.

Fernando, Maxi y Walter arrancaron a las 9 de la mañana en el bar que está junto a la barrera de la estación Liniers. Todos los ex combatientes que venden chucherías en los trenes, aun los que trabajan en otras líneas del ferrocarril, paran ahí. Casi nunca consumen. Visten de rigurosa camisa verde oliva y lucen la medalla azul que les dio el Congreso en 1991, firmada por Alberto Pierri, entonces presidente de la Cámara de Diputados. Viajamos con el trío durante los trayectos Liniers-Once y Once-Castelar, ambos ida y vuelta. Al cabo de tres horas juntaron unos 18 pesos –seis para cada uno– y Fernando repitió veintidós veces su discurso. Es decir que cada uno de ellos ganó dos pesos por cada hora de trabajo; a esa recaudación debe descontársele el costo de la mercadería: diez pesos por cada cien reglas.*

*

Cuando terminó la guerra, Fernando y Maxi volvieron al continente en el mismo buque, el *Almirante Irizar*. Se conocieron, sin embargo, muchos años después. Fernando había peleado y resistido el desembarco final de los ingleses; Maxi, en cambio, había viajado a las islas como auxiliar de enfermería.

Fernando cree que mató.

–Maté sin fijarme a cuántos ni a quiénes y nunca me fui a fijar si los había matado o si quedaban heridos. Si te vas a fijar, perdés tiempo. Supongo que si hubiera visto que dejaba algún herido, le pegaba un tiro en la cabeza o lo degollaba. Por un lado, para que no sufriera; por el otro, porque si yo lo curaba, él me podía matar en otra oportunidad. Era una guerra, no una joda. Yo tenía la cabeza lavada, era un asesino. Eran ellos o yo.

Antes de desembarcar en Malvinas, Maxi había hecho un curso básico que apenas le servía para tomar la fiebre y aplicar inyecciones y enemas. La misión original de la tripulación del *Almirante Irizar* consistía en desembarcar y ayudar a los heridos desde tierra, pero desembarcar fue imposible. Los ingleses habían

* Un CD de música nueva costaba por entonces 20 pesos. Es decir que la cifra no alcanzaba, siquiera, para que se compraran un CD entre los tres.

comenzado el ataque final. Maxi estuvo tres días en la costa de las islas, tres días que jamás podrá olvidar, entre el 12 y el 14 de junio de 1982. Tuvo mucho y muy arduo trabajo después de la rendición, cuando empezaron a llegar cadáveres de muchachos de 20 años que había que guardar en bolsas negras y depositar en la bodega del buque. Debía apurarse: lo único importante era salvar a los vivos. Y muchos de los sobrevivientes estaban en estado grave: soldados con "pie de trinchera", como se denomina a los pies violetas por el congelamiento; soldados con amputaciones precarias para evitar que el resto del cuerpo se gangrenara; soldados con los huesos a la vista o con heridas de bala o de esquirlas de bombas.

A bordo de ese buque, Maxi contrajo el complejo de culpa del que todavía no ha podido liberarse. Ese sentimiento lo llevó a un intento de suicidio y, de cuando en cuando, lo sumerge en profundos pozos depresivos.

"Había un chico del ejército al que había alcanzado la onda expansiva de una bomba", cuenta. "Tenía la columna vertebral fracturada, llena de astillas y, según el médico, no se podía curar. Él me hablaba, me decía: 'Cuando lleguemos al continente te voy a presentar a mi novia y a mi mamá'. Yo tenía que entretenerlo para que no gritara, y él me agarraba y me decía: 'No me abandones, vos no tenés que abandonarme'. Yo le pedí que se quedara tranquilo, le prometí que no lo iba a abandonar. Pero el médico me dijo que no podían gastar mucha penicilina en él porque no iba a llegar con vida, y me mandó a curar a otro que todavía podía salvarse. Más tarde, volví a verlo. Ya se había muerto. Entonces el médico me dijo: 'Necesitamos lugar para los heridos. Sacalo de la camilla y ponelo en una bolsa negra'. Desde entonces me siento culpable. Él se jugó la vida en Malvinas y me pidió que no lo abandonara. Yo me fui. Lo abandoné."

VALENTÍN ALSINA, 21 DE FEBRERO DE 2000

Sergio Delgado no sabe muy bien qué pasó anoche en esa discoteca de Quilmes. El espejo le informa que lo cagaron a trompadas.

—Me había tomado tres botellas de champaña yo solo (esa noche no tomé merca) y me había ido al salón vip, que estaba lleno de unas putas infernales. Estuve un rato ahí, muy en pedo. De pronto, me pareció que alguien me empujaba. Me agarraron entre varios patovicas, me pegaron y me arrastraron hasta un bosque que está detrás del boliche. Después ya no me acuerdo de nada.

Los amigos que estuvieron con él aseguran que, cuando se puso muy borracho, se dedicó a tocarles el culo a las mujeres, con especial predilección por aquellas que estaban en pareja. Dicen que los patovicas le pidieron por las buenas que se fuera, pero que se asustó mucho cuando los vio y empezó a las trompadas antes de que sucediera nada. Para evitar que los patovicas lo lastimaran, uno de los amigos de Sergio gritó: "No le peguen, che, es un ex combatiente". Entonces, le pegaron con saña.

A la mañana siguiente, Delgado tenía turno con la psicóloga que desde hace cuatro meses lo atiende en un tratamiento de rehabilitación por drogas. No pudo ir.

Sergio tiene tres hijos: un varón con su primera mujer —el chico no sabe que él es el padre— y dos nenas con la segunda. Estudió actuación con Agustín Alezzo y participó en algunas obras de teatro independiente. Está separado y sin trabajo. Se sostiene con las tres pensiones que cobra por su condición de veterano de guerra: la nacional, de 300 pesos; la provincial, por el mismo monto, y la pensión especial por incapacidad permanente —sólo la cobran veinte soldados entre los diez mil ex combatientes— de casi 400 pesos; así, sus haberes de veterano ascienden a poco menos de mil pesos por mes.

Volvió de Malvinas con un cuadro grave de desnutrición (no llegaba a pesar 40 kilos), con una fractura expuesta en el tobillo derecho y heridas de esquirla con sección del nervio ciático en la pierna izquierda. Durante largo tiempo no pudo levantar el pie izquierdo: gracias al arduo trabajo de un traumatólogo (dice que se llama Guillermo Lasalle y pide que el nombre del médico y su agradecimiento personal sean consignados aquí), logró recuperar el cuarenta por ciento de la

movilidad. Cada día escucha menos y el zumbido de las bombas que cayeron en las islas se quedó a vivir para siempre en sus oídos. Sin embargo, jamás aceptó someterse a una audiometría.

En 1981, durante el servicio militar obligatorio que realizó en el Regimiento 7 de Infantería Mecanizada de La Plata, en la provincia de Buenos Aires, Sergio conoció a José Luis Cardoso, un soldado que osó escaparse a la vida civil en su primera guardia nocturna. En represalia por esa fuga, el suboficial que estaba a cargo de la compañía decidió "bailar" a todos los conscriptos. "Agradézcanle al soldado Cardoso, que por su culpa están bailando todos", sembró cizaña el militar. Su mensaje encontró eco en algunos soldados, que intentaron pegarle a José. En medio del tumulto, Sergio lo defendió. Así nació una amistad que se hizo indestructible en Malvinas y que continuó hasta el 13 de febrero de 1989.

Ese día, José se suicidó.

EL SOLDADO BRASILEÑO

José estaba francamente feliz con su reloj nuevo, con calculadora, calendario, la hora de Londres y la de Río de Janeiro. Un tipo que pasaba en bicicleta le preguntó la hora. José encendió la lucecita para ver los números en la oscuridad. No alcanzó a contestarle que eran las nueve menos veinte cuando escuchó:

—Quedate quieto, boludo, dame la plata... dale, dale, dame el reloj.

Levantó la vista. Alcanzó a distinguir el caño que lo apuntaba, apenas visible en la negrura. Dio dos pasos atrás.

—¿Estás loco, vos? A mí no me robás un carajo.

El ladrón, desconcertado, se acercó con el revólver y le pegó un culatazo. José se cubrió la cara con los brazos y el golpe destrozó el reloj.

—Hijo de puta, me lo rompiste —le dijo.

José le arrebató el arma; el ladrón huyó en su bicicleta, perdiéndose en la noche de Luis Guillón.

Según coinciden en señalar sus hermanas, su madre, su viuda y su amigo Sergio Delgado, José Luis Cardoso fue una persona temeraria antes, durante y después de la guerra. No le tuvo miedo a su padre golpeador ni a las severidades del servicio militar ni a los ingleses ni a los ladrones ni a la policía.

Nació en Brasil el 21 de enero de 1962, en la ciudad de Ferro Largo, Rio Grande Do Sul. Llegó a la Argentina en 1964, de la mano de sus padres, Manuel Martínez Cardoso Da Silva y Erondina Márquez Dos Santos. La familia se radicó en San José Apóstoles, provincia de Misiones. Por entonces, se llamaba Neides. Un médico amigo les hizo el favor de anotar lo como nacido en la Argentina: desde entonces se llama José. Por causa de este trámite, concebido para obtener algunos beneficios legales derivados de la nacionalidad, veinte años después José terminó combatiendo en Malvinas.

Papá Manuel lo odiaba. Papá era alcohólico, morocho y paranoico; José nació rubio. Papá pensaba que ese chico de rasgos germanos no podía ser su hijo; José tuvo la desgracia de parecerse a la madre. Cada vez que el padre tomaba de más, se la agarraba con él. Una vez intentó ahorcarlo y le dejó los dedos marcados en el cuello. Los gritos de la madre y la llegada de la policía le salvaron la vida.

En 1973, los Cardoso se instalaron en la casa de una tía de José, en Monte Grande, provincia de Buenos Aires. Para entonces, José ya tenía cinco hermanos. En 1976, durante una de sus discusiones habituales, el padre lo empujó. José se golpeó la cabeza contra el marco de la puerta y tuvieron que darle catorce puntos. El médico le exigió a Erondina que presentara la denuncia. Así, Manuel Da Silva pasó una semana en un calabozo. Cuando quiso volver, Erondina se lo impidió. José se convirtió, así, en el hombre de la casa. Mucho más curtido que el promedio de los chicos de su edad, conservó, sin embargo, el placer infantil de jugar con soldaditos. Su hermana Silvia recuerda ese interés prematuro por el heroísmo y la vida militar:

—Cuando en 1980 se enteró de que debía hacer el servicio militar, no se hizo ningún problema. Al fin y al cabo, siempre le había gustado jugar a la guerra.

LOS SUICIDIOS

La guerra de las Malvinas duró 74 días, entre el 2 de abril de 1982, cuando las tropas argentinas desembarcaron en las islas, y el 14 de junio, cuando se rindieron. Entre los muertos y los desaparecidos, las bajas argentinas suman 649.

Para la mayor parte de los ex combatientes, aún dieciocho años después, la posguerra es tan dura como la vida en combate. Desde el final de la contienda hasta la actualidad, son cientos los veteranos de Malvinas que decidieron quitarse la vida.

No existen estadísticas oficiales de suicidios. Ni la Federación de Veteranos de Guerra de la República Argentina ni la Casa del Veterano de Guerra ni la Federación de Veteranos de la provincia de Buenos Aires poseen cifras concretas. Ramón Alberto Gallego, presidente de la Casa del Veterano de Guerra, calcula: "Debemos estar llegando a la pérdida de unas 300 personas, aunque es difícil controlarlo porque hay muchos suicidios encubiertos que se caratulan como accidentes".

César Horacio González Trejo -hasta el 8 de marzo de 2000 presidente de la Comisión Nacional de Ex Combatientes, que depende del Ministerio del Interior, y vicepresidente de la Federación de Veteranos de Guerra- sostiene que la cantidad de casos es alarmante. "Alguien (*sic*) habló de 200 suicidios." El sitio de Internet www.malvinas.com, realizado por ex combatientes no identificados con federación o centro alguno, señala que los suicidas son 213, aunque no precisa sus fuentes de información. El Centro de Ex Soldados Combatientes de Malvinas de Rosario asegura que son 261. Rubén Rada, presidente de esa entidad, detalla cómo fue establecida esa cifra: "En 1995, en el Hospital Militar de Campo de Mayo, conocimos una estadística del Ejército que recogía 236 casos. Tomamos ese punto de referencia y la fuimos actualizando desde entonces".

Sin embargo, el número que circula con mayor insistencia, aunque nadie sea capaz de precisar su origen, es de 350 suicidas. Como sea, son muchos. La cantidad equivale, en el mejor de

los casos, al 32 por ciento de los hombres muertos en combate, y, en el peor, al 53 por ciento.

CONSTITUCIÓN, JUNIO DE 1982

Cuando terminó la guerra, Claudio Maximiliano Estigarribia regresó a la base naval Puerto Belgrano, en Punta Alta. Sus superiores le ordenaron que no le dijera nada a nadie sobre lo que había visto y vivido y le concedieron un franco de dos días. Estigarribia se tomó un tren que desde Punta Alta lo llevó hasta la estación de Constitución. Se vistió con el uniforme de gala de la Armada. Esperaba que, una vez en Buenos Aires, la gente le brindara alguna manifestación espontánea de afecto. Nada de eso ocurrió. Maximiliano creyó que le reprochaban haber perdido la guerra.

Fuera de la estación, paró un colectivo de la línea 17. No tenía plata. Subió. Tuvo la fugaz sensación de que los pasajeros lo observaban.

-¿Me lleva? -le preguntó al chofer.

-No, tenés que bajarte.

-Mire, acabo de llegar de Malvinas -explicó.

-No es mi problema.

Bajó del colectivo conteniendo las ganas de llorar. Avergonzado -no tenía la costumbre de pedir dinero a desconocidos-, consiguió que una anciana le diera plata para el boleto. Así pudo regresar a su casa, en Wilde.

Su llegada sorprendió a sus padres. No contó demasiado. Más allá de la orden de sus superiores, no tenía ganas de hablar. Los padres lo entendieron y no preguntaron. Dos días después volvió a Punta Alta, donde completó el servicio militar como auxiliar de enfermería, ahora a bordo del portaaviones *25 de Mayo*. Tuvo la firme sensación de que para las Fuerzas Armadas la guerra había sido, apenas, una breve etapa en su instrucción militar.

Al fin, recibió la baja y se reincorporó a la vida civil. De vuelta en casa, descansó unos seis meses y empezó a trabajar en

el Ferrocarril Roca. Pero había una imagen que lo perseguía adonde fuera: la de aquel muchacho que le pidió compañía y murió solo, mientras él atendía a otro herido; aquel muchacho cuyo cadáver guardó en una bolsa negra de plástico que depositó en la bodega del *Almirante Irizar*.

El fantasma pudo haberlo matado cuando se le cruzó una noche de 1985, mientras Maxi manejaba la camioneta del padre.

—Tenía que ir a buscar a unos pibes y preferí seguir de largo por la avenida Mitre. Cuando estaba por llegar al puente Pueyrredón, me dije: “No me vas a joder más. Yo te voy a cagar la vida”. Entonces agarré el puente de contramano; tuve suerte, no se me cruzó ningún auto, los pocos que andaban a esa hora me anduvieron esquivando. Cuando bajé del puente, a unos 400 metros, me di cuenta de lo que había hecho y frené. Me paró un patrullero, me hizo bajar de la camioneta, la revisó, me preguntó si me drogaba. Me pidió los documentos. Como estaba marcado que hice el servicio militar, el tipo se imaginó algo.

—¿Dónde estuviste?

—En ningún lado, ¿por qué?

—Vos no estás ni drogado ni borracho. Vos tenés algún problema.

—Estuve en Malvinas.

—Ahhh... —dijo—. Hubiéramos empezado por ahí. Yo no te voy a complicar más la vida, andate a tu casa. No quiero que se preocupen tu mamá y tu papá, yo sé lo que están pasando ustedes. Andá a descansar.

—Seguro que me quiso hacer un favor, pero se equivocó. Me tendría que haber detenido porque yo estaba muy nervioso para manejar. Todavía no sé cómo llegué a casa.”

UNA TELA NEGRA EN LUGAR DE LA VENTANA

En las cartas que le escribía a su madre, Fernando Quinteros no contaba las cosas tal cual eran, para evitarle disgustos.

De regreso en su hogar de San Martín, mantuvo la misma discreción. Pero tanto silencio le hizo daño.

—Mi vieja se enteró de que yo estaba allá porque le escribí desde las islas. En sus cartas ella me contaba giladas: que la gente tejía ropa, bufandas, guantes... En una me decía que “Pinky” y “Cacho” Fontana habían hecho “Las 24 horas por Malvinas” en televisión, que mi hermana había donado las alianzas de oro, y que sabían por la revista *Gente* que hacía frío y que estábamos ganando. Le contesté que no se preocuparan, que estaba bien y que me cuidaban mis compañeros. Le decía que el frío era duro pero que se soportaba. Macanas: había momentos en que las articulaciones se congelaban. Cuando llegué a casa entendí que no había sido consciente del miedo que había sufrido mi vieja. Le di un beso, la abracé. Mi vieja y mis hermanos lloraron, yo no. No me preguntaron mucho sobre el tema, trataron de distraerme.

—Yo me encerraba en mi pieza a leer, dormir, escuchar música. En esa época me empezó a gustar el tango. Escuchaba las letras y pensaba en mi historia, en cómo es la vida del ser humano... En la fábrica de muebles donde trabajaba antes de la guerra me habían guardado el puesto. Y a los dos meses volví, más para entretenerme que por otra cosa. No me exigían nada, por ahí me pedían algo y después no me daban bola, no se fijaban si lo había hecho o no.

—La relación con mis compañeros cambió mucho, ya no era el mismo. Estaba más serio, no daba lugar a la joda. A veces me sentía mal, me quería ir, y siempre me daban permiso. Así estuve los primeros seis meses, hasta que recuperé mi ritmo normal de vida. Pero jamás pude olvidar todo lo que vi.

—Dos o tres veces escuché el ruido del motor de los aviones y me desperté sobresaltado. Una vez, alguien del barrio tiró un cohete. Yo salté de la cama, me arrastré por el piso y recién después me desperté. Mi mamá y mi hermana me ayudaron a levantarme, me fui de nuevo a la cama, y ellas se quedaron haciéndome compañía, preguntándome si quería hablar. Yo decía que no, que estaba todo bien, que quería tratar de dormir. No quería preocuparlas, y además quería estar solo, analizar

tranquilo por qué me había pasado eso. Una de mis hermanas quería dejar de trabajar, estar constantemente conmigo para que no me sintiera solo, para que no cometiera una locura.

"Mi pieza tenía una ventana de vidrio, con persiana metálica por fuera. Un día de viento, el vidrio se rompió. Yo no lo quise cambiar: saqué los restos del vidrio y puse una tela negra. Con las persianas bajas, en la pieza era siempre de noche. Ahí perdí la noción del tiempo. Estaba las veinticuatro horas encerrado, sin bañarme, salía nada más para ir al baño. Si alguien venía a ver cómo estaba, le decía que no pasaba nada y le pedía que cerrara la puerta. Así estuve unos seis meses. Me propusieron que fuera a un psicólogo, pero les dije que no. No quería contar mi historia. No quería recordar."

SÍNTOMAS DEL ESTRÉS POSTRAUMÁTICO

¿Por qué se matan los veteranos de guerra?

No existe una respuesta única. La falta de trabajo, la discriminación, la falta de reconocimiento social, la imposibilidad de elaborar o superar situaciones traumáticas vividas durante la guerra, los conflictos de pareja, los problemas con alcohol y drogas, la adicción al riesgo y la paranoia son algunas de las dificultades, comunes a todos los veteranos, que aparecen expuestas en las historias que componen este trabajo.

Ese conjunto de síntomas fue percibido por médicos norteamericanos a partir del final de la Segunda Guerra Mundial, pero fue estudiado en detalle en los sobrevivientes de la guerra de Vietnam. En 1980, la Asociación de Psiquiatría de los Estados Unidos incorporó a su nomenclatura una nueva neurosis: el Síndrome de Estrés PostTraumático (SEPT).

Bessel A. Van Der Kolk y Alexander C. McFarlane lo explican así en un capítulo del libro *El agujero negro del trauma*: "Lo que diferencia a quienes desarrollan el síndrome de quienes sufren estrés transitorio es que los primeros organizan su vida en torno del trauma, con lo cual lo que rige las dimensiones biológicas y psicológicas del síndrome es la persistencia de los

recuerdos intrusivos y angustiantes en lugar de la experiencia del evento traumático en sí".

La doctora Alejandra Ruiz López trabaja con ex combatientes prácticamente desde que terminó la guerra. Especializada en psiquiatría, por entonces creía que lidiaba con neurosis de guerra, depresiones, alcoholismo, adicciones a drogas y trastornos psicosomáticos. En 1996 conoció a los investigadores norteamericanos Bruce Webster y Gary Craig, quienes le abrieron todo un nuevo campo de investigación.

Webster había actuado en la guerra de Corea; Craig, en Vietnam. A comienzos de la década de 1980, ambos comenzaron a explorar las posibilidades del tratamiento terapéutico de los veteranos de guerra, atendiendo a una comunidad de ex soldados que se habían radicado en la península de Olympia (en Seattle, Washington). Desde que accedió a esas investigaciones, Ruiz López trata a los ex combatientes como víctimas de estrés posttraumático.

"No podemos hablar del síndrome si no hay un trauma relacionado con riesgo de vida o riesgo de muerte de alguien cercano", define. "A veces, sus manifestaciones tienen que ver con el horror, el despedazamiento de las personas, los accidentes, las catástrofes, la sensación de que la vida depende del azar."

Ruiz López distingue diferentes grupos de respuestas entre quienes padecen el estrés posttraumático:

Evitación: "El veterano trata de no hablar de la guerra, no enfrentarse al peligro ni a situaciones que lo hagan recordar. Evita el dolor y la obediencia a jerarquías. Suele irle mal en el trabajo porque no acepta órdenes. El aislamiento, las conductas adictivas (beber para no pensar) son característicos de esta respuesta".

Reexperimentación: "Pensamientos intrusivos. El veterano está haciendo cualquier cosa. De pronto recuerda algo que le sucedió durante la guerra y no se lo puede sacar de la cabeza. También tiene *flashbacks*, que no son alucinaciones sino el reflejo de volver a vivir algo, con su olfato, su vista, su cuerpo. Y de pronto se asoma a la ventana con un rifle, y su mujer no es su mujer sino un inglés, etcétera. Los síntomas de la reexperimentación son

disparados a menudo por gatillos sensoriales. El olor de la sangre, el de la madera mojada, el ruido de un helicóptero o de un petardo, el sabor de la leche en polvo, etcétera”.

Hiperactivación: “La respuesta descomedida. Le tocan la espalda y el veterano siente que lo están matando, que lo están hiriendo. Fuera de contexto, pareciera que está loco, pero esa clase de respuestas en otro momento fueron útiles, porque el cuerpo se preparaba para la guerra”.

Adormecimiento emocional: “La dificultad para establecer relaciones cercanas. No querés querer a nadie porque tenés miedo de perderlo. Muchas veces, las mujeres de los veteranos dicen: ‘Mi marido está bien, pero yo siento que está en otra, está lejano’. No hay una interrelación, un compromiso. Alguna vez escuché de boca de un veterano la frase: ‘Mi mujer es divina, es como un mueble’”.

La institución que dirige Bruce Webster, PTSD Consulting, brindó atención terapéutica durante dos años a los veteranos bonaerenses, de acuerdo con un convenio firmado con la Dirección de Salud Mental de la provincia de Buenos Aires en febrero de 1997. Craig y Webster trabajaron junto a la doctora Ruiz López y la psicóloga Andrea Forti.

*

Webster y Craig recomiendan que los veteranos de guerra aborden en grupos el tratamiento terapéutico del SEPT. “Los veteranos no confían en los terapeutas”, acepta Craig, “porque los terapeutas no vivieron la misma experiencia que ellos. Por eso formamos grupos, con los cuales pueden expresar sus sentimientos ante gente a la que le pasó lo mismo”.

La doctora Ruiz López subraya que en estos casos, dada la naturaleza del conflicto, tiende a estrecharse la distancia que habitualmente separa al profesional del paciente: “Nuestro trabajo es totalmente diferente. Necesitamos lograr cierta empatía, de manera que el paciente no piense que lo examinamos desde un pedestal. En general contamos con la asistencia de un veterano, cuya misión es estimular la confianza del paciente”.

Para Webster, se trata de crear las condiciones para que el ex combatiente hable, haga su catarsis y pueda regresar al momento del trauma.

El 12 de diciembre de 1999, un grupo de veteranos coordinados por la doctora Ruiz López se trasladó con sus familiares cercanos a la ciudad de Pilar, donde un cenotafio reproduce el cementerio de Puerto Darwin. Allí, los ex combatientes –que llevaban ya cierto tiempo de terapias grupales– cavaron dos pozos de zorro como los que les servían de refugio durante la guerra, y se metieron dentro. Los familiares formaron un largo camino que bordeaba los pozos.

Webster los hizo salir despacio, de a uno. Cada vez que un veterano emergía del pozo, Webster lo llamaba por su nombre y apellido, decía: “Ey, ahí va Fulano, que ya volvió”. El veterano pasaba entre las filas de familiares, que lo palmeaban y le decían: “Gracias por lo que hiciste, qué suerte que estás con nosotros”. Cuando concluyó la sesión, los ex combatientes y sus familiares estaban llorando.

“En estos casos, los movimientos para superar el trauma no son intelectuales. No se trata de comprender que vos no tenías la culpa”, dice Ruiz López. “Se trata de sentir la emoción. La culpa no se resuelve comprendiendo sino sacándola afuera.”

La doctora Alejandra Araujo, coordinadora del Centro de Salud Mental de Berazategui, afirma: “Para el veterano, estar en el grupo es una necesidad. Allí puede hablar de lo que no se puede hablar afuera. Tenemos que trabajar mucho con el cuerpo, sostener los estados de furia, de ira, para que se reproduzcan en el grupo y no en el mundo exterior. Porque los veteranos no pueden comunicarse ni con sus esposas ni con sus padres. Hay cuestiones que no pueden poner en palabras: desde que llegaron, el silencio fue absoluto para la sociedad, para la familia y hasta para ellos mismos”.

El Ministerio de Salud de la provincia de Buenos Aires es el único organismo oficial que ofrece tratamientos y capacita a profesionales para abordar el síndrome de estrés postraumático. En 2000 atendía a unos 150 veteranos. En octubre de 1999, el organismo –a cargo de Juan José Mussi–

inició una serie de estudios para determinar el estado general de 1.160 ex combatientes. Los análisis se suspendieron por falta de presupuesto cuando el ministerio había examinado a unos 600 veteranos: 291 padecían el síndrome.

El tratamiento impulsado por Webster y Craig dividió las aguas entre las instituciones que albergan a ex combatientes: la Federación de Veteranos bonaerense estimuló a sus afiliados a realizar el tratamiento; la Federación Nacional de Veteranos de Guerra, el primer lugar al que habían acudido los investigadores norteamericanos en 1996, lo ignoró por completo.

No es la única diferencia entre las entidades que resguardan los intereses de los veteranos de guerra: cada una de ellas lleva adelante una silenciosa batalla política por la conservación de espacios de poder.

Para César Trejo, el SEPT es "un invento yanqui". "Nosotros [los dirigentes de la institución] no creemos en el síndrome de estrés postraumático", dice. "Las circunstancias varían si el combatiente intervino en una guerra o en otra, no pueden establecerse categorías universales. No es un modelo psiquiátrico o de salud mental adecuado para la Argentina. Los yanquis construyen grandes hospitales, donde la tendencia es internar a los veteranos y estudiarlos como bichos. Para justificar eso, necesitan generar categorías pseudocientíficas como el síndrome postraumático."

Los veteranos de guerra argentinos no tienen ningún hospital como esos que tanto disgustan a Trejo. En el ámbito nacional, la atención sanitaria y psicológica de los ex combatientes está a cargo del PAMI, la obra social de los jubilados. Tal como lo reconoce Trejo, el PAMI no cuenta con programa de salud específico alguno.

DE LA ESMA A MALVINAS

De todos los protagonistas de esta nota, Eduardo Adrián Paz fue el único que eligió la carrera militar. Tachi (ninguno de quienes hablaron sobre él lo llamó Eduardo) quería ser marino.

En 1977, a los 15 años, se anotó como aspirante naval en la Escuela Superior de Mecánica de la Armada (ESMA). En su inocencia, Tachi envidiaba a uno de sus amigos, un cadete llamado Ongomo, o algo así —la historia nos llega a través de su madre, que no puede precisar que ese fuera su apellido—, quien tenía la suerte de salir a pasear todas las noches, a las órdenes de, entre otros, el capitán Jorge "Tigre" Acosta, uno de los responsables del centro clandestino de detención que funcionó en la ESMA.

—Fijate si me podés acomodar con ellos —le pidió a Ongomo.

—No te lo aconsejo —le contestó el chico.

—¿Por qué?

—Yo te digo que no te lo aconsejo.

—¿Por qué?

Ongomo no quería contarle. Cuanto mayor era su resistencia, mayor era la curiosidad de Tachi. Finalmente, accedió. Le dijo que durante esas salidas nocturnas se secuestraba a gente que luego era torturada y asesinada. Le dijo que a él mismo le habían ordenado que apilara cadáveres. Tachi no supo si creerle o no. Refirió la historia a su madre y ella pensó que todo era consecuencia de la fantasía de los chicos. Tiempo después, Ongomo abandonó la ESMA y fue internado en un hospital psiquiátrico. A los pocos meses, se suicidó.

Tachi zafó de apilar cadáveres o, si lo hizo, nunca se lo contó a nadie. En 1978 zafó de participar en una guerra, cuando la Argentina estuvo a punto de enfrentarse con Chile por el diferendo limítrofe del Canal de Beagle. Después de terminar el curso de aspirante, fue incorporado a la Fuerza con el rango de cabo.

En 1982, le dieron destino en la base naval Puerto Belgrano, en Punta Alta. Entonces no zafó.

El 10 de abril, un día antes de zarpar en el portaaviones 25 de Mayo, Tachi le escribió esta carta a su hermana mayor:

Querida Graciela:

Me es muy difícil empezar esta carta. No sé cómo hacerlo. Querida Negrita, mañana a la mañana zarpamos junto a toda la flota. Le vamos a presentar combate a la flota inglesa. Desde que regresé de Rosario hasta este momento fuimos preparándonos para el combate. Todo está listo, hasta el más mínimo de los detalles. [...]

Negrita, me olvidé de decirte que todas mis pertenencias están en Punta Alta. Frente a la Base hay un taquillero llamado Taquillero Rosales. En la taquilla número 356 están todas mis cosas. En caso de que algo me llegue a suceder sólo tienen que ir y retirarlo. No quiero que sufras ni llores. La hermana de un guerrero no debe llorar. Sé valiente. Cuidá a mamá y a Martita. Cuidate. Si querés, mostrale esta carta a Martita, pero, por favor, a mamá no. No quiero que sufra. Besos para todos, los quiero mucho. Cuidate.

Tachi

PD: Espero que esto termine pronto y poder verlos nuevamente.

Sus seres queridos saben poco acerca del paso de Tachi por Malvinas. Que tuvo miedo cuando desembarcó. Que estuvo muchos días en un pozo de zorro. Que se le congelaron las piernas y debió ser internado en el hospital de campaña de Puerto Argentino. Que era artillero. Que combatió.

Regresó casi sordo, con problemas de columna y con "pie de trinchera". Y muy flaco. Nunca, a pesar de todo, dejó de gustarle el mar. Lo que dejó de gustarle fue la marina. Pidió la baja y recuperó su condición de civil. Sufrió de insomnio. Habló en sueños y padeció terribles pesadillas cuyo contenido jamás nadie entrevió. Se habituó a despertar gritando, bañado en sudor, con una mano suave acariciándole la espalda y una voz dulce y serena susurrando en su oído: "Ya pasó, Tachi, ya pasó. Estás en casa, con mamá".

La familia consultó a una psiquiatra. "Ahí se empezó a poner bien", dicen. Igual que todo el mundo en aquella época, compró casetes de Facundo Cabral, cantó "Vuele bajo" y "No soy de aquí ni soy de allá". Estuvo un tiempo sin saber qué hacer y sin ganas de hacer nada. Su vocación temprana se había esfumado. Tenía que encontrar algo con que llenar su vida.

Una noche de febrero de 1985, casi tres años después de la guerra, Tachi fue a una reunión en la casa de un pibe del barrio. Se armaron desafíos de truco y Tachi formó pareja con una chica que acababa de conocer. Marcela Paz recuerda que Tachi le propuso jugar un mano a mano.

—¿Qué apostamos? —preguntó ella.

—Si gano yo, me das una cita.

—Y si gano yo, ¿qué me das?

—No sé, elegí.

—Está bien, lo mismo —dijo ella, divertida—: me das una cita... Pero las condiciones las pongo yo. Me llevás a comer donde yo quiera.

—Listo, no hay problema.

"Gané yo —cuenta ella quince años después, con un nudo en la garganta— y empezamos a salir. Físicamente, no era el tipo de hombre que a mí me gustaba, no era lindo. Pero era amable, delicado, especial... Yo tenía una nena de un año, María Belén, y quizá por eso la familia de él nunca me aceptó. Nos casamos el 24 de mayo de 1985."

No pudieron irse de luna de miel, pero al menos pasaron la noche de bodas en un hotel de cinco estrellas, en el centro de Rosario. "En septiembre quedé embarazada y el 3 de junio de 1986 nació Facundo. Hasta ahí estaba todo bien."

LA MUERTE BAJO LA LUZ DE LA LUNA

El 28 de marzo de 1982, Sergio Delgado salió con licencia definitiva hasta la baja. Sentía el magnífico alivio que se produce cuando se termina una pesadilla. El 2 de abril, al mediodía, disfrutaba de un almuerzo en casa, con su padre. Encendió el

televisor para mirar el noticiero. Se encontró con la voz gangosa del dictador Leopoldo Fortunato Galtieri, que anunciaba la ocupación de las Malvinas.

—Una hora después, tocaron el timbre. Me vino a buscar un cabo, con un compañero que se llamaba Alonso, y tres o cuatro más. A la noche llegamos al regimiento. A cada rato se sumaba otra gente, era un descontrol. Al día siguiente, la plaza de armas estaba llena de pibes de pelo largo (los de la primera baja) y algunos clase 63, que se querían matar. Estuvimos dos o tres días equipándonos. Nos dieron un bolsón, un cepillito de dientes, un arma que no funcionaba... Se corría la bola de que íbamos al Sur a reemplazar a los regimientos de la zona y que los que iban a Malvinas eran ellos, porque estaban acostumbrados al frío. Volamos a Río Gallegos: estuvimos todo un día en el aeropuerto sin saber qué pasaba. Sabíamos que éramos protagonistas, pero todavía no sabíamos de qué. Al otro día volamos a Malvinas.

"Como era un soldado castigado, me nombraron abastecedor de mortero. Llevaba tres municiones de cada lado, que pesaban 15 kilos. Además cargaba un bolsón portaequipo enorme con toda la ropa, y la PAM [Pistola Ametralladora] más la mitad de una carpa; la otra mitad la llevaba otro soldado. Muchas veces tiraba todo porque no podía más, y nadie me daba una mano. Una vez, un subteniente me pegó porque había dejado las cosas en el piso. Lo quería matar. Lloré mucho.

"Nos instalamos en Monte Longdon, a unos diez kilómetros de Puerto Argentino. Fuimos por un camino que bordea la costa. Durante los combates, muchos escaparon por ese camino. Hicieron bien.

"El mismo día que nos instalamos cavamos varios pozos de zorro. Las ropas se humedecieron enseguida, porque en los pozos había agua helada y mucha humedad. Un soldado clase 63 se murió de frío una noche, después de gemir durante horas. Tenía apenas treinta, cuarenta días de instrucción.

"Los ingleses llegaron un viernes, a eso de las 10 de la noche. Yo estaba durmiendo y cuando desperté lo único que hice fue quedarme callado. Algo me indicó que no debía hacer

ruido. Escuché voces inglesas, voces distintas, ajenas. Estaban subiendo hacia nosotros. Yo estaba apostado casi donde empieza la loma, a unos 20 metros. Muchos pasaron por arriba de mi posición y dos ingleses, no sé por qué, se pararon justo ahí. Me cagué encima. De verdad. Yo sabía que era hombre muerto. Tenía una PAM desvencijada. Era carne de cañón.

"Mi compañero Gramicci tuvo mala suerte. Había desertado con algunos chicos de la compañía Comando y Servicios, había dado vueltas un tiempo por ahí y justo ese día se le ocurrió volver a la posición. Mientras pensábamos qué carajo hacer, si irnos o quedarnos ahí —ninguno de los dos tenía armas que funcionaran—, tiraron una granada que cayó justo en el pozo, en el agujero por donde yo espiaba. Me vino un calor en los pies que se expandió al resto del cuerpo. Pensé que era la muerte. Tuve un viaje a lo Víctor Sueyro. Viajé en una especie de túnel, vi una luz plateada al final... No sentía el calor, como si mi espíritu estuviese flotando. Estaba herido en las piernas. No sentí dolor, sí ardor. No las quería mover. Sabía que algo feo me había pasado.

"Los ingleses se acercaron a nuestra posición para ver dónde había caído la granada. Por los agujeros que había provocado la explosión se filtraba la luz de la luna en haces. Y de fondo veía luces de bengala, el resplandor de las bombas y los tiros.

"Me hirieron, Polaco, me hirieron', le dije a Gramicci. Y lo abracé. 'Calmate', me contestó. Le pregunté si lo habían herido. Me dijo que no. Entonces llegaron los ingleses con fusiles que tenían sable-bayoneta. Separaron algunos escombros, clavando sus sables en los pozos, por si había alguien adentro.

"De pronto, sentí un impacto: le habían clavado un sable en el estómago a Gramicci, que estaba abrazado a mí. Los ingleses se esfumaron. 'Me duele, me muero...', se quejaba. Cada vez más bajito, la voz más apagada. Hasta que se murió.

"Durante la madrugada, los ingleses volvieron para correr los escombros, revisar si había quedado alguien vivo. Yo me hice el muerto, pero a la mañana pasaron de nuevo. Un tipo de unos 35 años, de bigotes, me habrá visto el color de la piel, algo,

y me levantó uno de los párpados. Descubrió que estaba vivo y me puso una 9 mm argentina en la sien. Martilló la pistola y yo le dije: 'The please, my leads' (Quise decir 'Please... my legs': 'Por favor... mis piernas'). El tipo me entendió. Sin dejar de apuntarme, me manoteó el pantalón para ver las piernas. Apenas las vio, me sacó el arma de la cabeza.

"Estuve más de una semana en el buque *Uganda*. Los ingleses me hicieron algunos estudios. Yo necesitaba que me operaran, pero a bordo no había elementos para una intervención. El 14 de junio apareció en el camarote un cura que hablaba español. 'Tengo una mala noticia', me dijo. 'El general [Mario Benjamín] Menéndez pidió la rendición. Los ingleses la aceptaron. Quédese tranquilo'.

"Nosotros nos alegramos, dentro del dolor de la derrota. No podía hablar con los ingleses. Ellos no me entendían y yo tampoco a ellos. Cuando entraban los enfermeros a revisarme, les decía 'Led Zeppelin' o 'The Police', y ellos por ahí me cantaban alguna canción. Una vez les grité 'Roberto Sánchez', pero nada. De Sandro, nada."

*

Sergio Delgado se dejó estar, pero ahora está dispuesto a todo con tal de que este año su hijo sepa quién es su padre. En 1999, su abogado le recomendó que fuera al colegio del chico, que hablara con la psicopedagoga y que le explicara la situación. Pero su primera mujer había presentado a las autoridades del colegio un documento (un "papel trucho", dice Sergio) mediante el cual un juez le negaba permiso para ver a su hijo. Le llegó el rumor de que su primera mujer le había mentado al chico: le había dicho que su padre había muerto. Sergio prefiere creer que no es verdad. Cuando se reencontró con una ex novia de la adolescencia, su pareja se enteró y se fue con el nene.

En 1992 se casó con aquella ex novia. Tuvieron dos nenas. Vivieron cuatro años en Mar del Plata, entre 1994 y 1998. Se separaron, se reconciliaron y volvieron a separarse. "No soy

un tipo feliz, perdí a mi familia", confiesa. "Me gustaría estar bien. Poder criar a mis hijas. Y reencontrarme con mi hijo."

DOS VIAJES A LUJÁN

Si el ejército no hubiese movilizado al regimiento 7 de Infantería de La Plata, el brasileño naturalizado argentino José Luis Cardoso se habría anotado como voluntario para pelear en las islas. Eso le confió a su hermana Silvia, que lo vio "entusiasmado, feliz, contento porque iba a hacer vida de soldado".

Mientras estuvo en Malvinas, día por medio José abandonaba el pozo de zorro y caminaba diez kilómetros desde Monte Longdon hasta las afueras de Puerto Argentino, para robar comida. Una y otra vez se acercó a los galpones donde el ejército guardaba las provisiones y les pidió a los soldados de la policía militar que lo dejaran entrar. La secuencia fue siempre la misma: ellos no le daban permiso para ingresar, José los apuntaba con su FAL, dejaba oír su contraseña ("Déjame pasar, porque te mato") y pasaba.

Cargaba latas de conservas, fideos, leche en polvo, chocolates y botellas de whisky, y desandaba los diez kilómetros para regresar al pozo. Repartía las provisiones con sus compañeros y guardaba en un hoyo lo que no se consumía en el día.

Había prometido que si regresaba con vida iría caminando a la basílica de Nuestra Señora de Luján, distante setenta kilómetros de la Capital Federal. Cumplió. Se fue andando, acompañado por tres compañeros, vestido con el uniforme militar que había desgastado en combate.

Siete años después, en enero de 1989, ingresó en la basílica armado con una escopeta de caño recortado. Gritando que lo perseguían los ingleses, se robó la bandera papal ante la mirada atónita de Jorge, su hermano menor. Huyeron como en las películas. Dejaron su coche en Luján y se las arreglaron para ir robando autos por el camino, hasta que hurtaron un camión y debieron cargar gas oil en una estación de servicio. En el

momento de pagar, José le dijo al empleado: "Que te lo pague Rico". Y se fue. La policía lo interceptó a la altura de Cañuelas.

—Quédense quietos. Tengo una bomba en el bolso —amenazó.

—Bueno... bueno, está bien.

—Quédense quietos o volamos todos —siguió con su bravuconada.

Probablemente alguno de los agentes advirtió que José manipulaba la "bomba" con excesiva familiaridad, y descubrió el juego.

Lo llevaron a la comisaría, donde dejó buena parte de su dentadura. Según sus hermanas, recibió brutales castigos policiales; según Sergio Delgado, él mismo se rompió los dientes en un ataque de nervios, golpeándose la cara contra la pared, enardecido porque no lo dejaban pasar a la celda de Jorge.

—José, ¿por qué te robaste la bandera en la iglesia? ¿Estás loco? —lo consultó Vilma, la mayor de sus hermanas.

—Tenía que hacerlo. Era una orden que tenía que cumplir. Estoy en guerra. Los ingleses me persiguen por lo que hice en Malvinas.

Desde la comisaría fue trasladado al hospital psiquiátrico Melchor Romero, de La Plata.

Entre la primera y la segunda peregrinación a Luján pasaron siete años, durante los cuales José fumó marihuana, robó muy esporádicamente; viajó a varios destinos (Brasil, Misiones, Santiago del Estero, Corrientes), fue a bailar muchas veces; compró casetes de José Luis Perales, León Gieco y Sergio Denis; trabajó en YPF, se hizo marino mercante y consiguió un buen pasar que le permitió sostener a su madre y sus hermanas. Conoció a Hilda poco después de la guerra y se fue a vivir con ella en 1983. Cinco años más tarde se mudaron a una casa en Banfield y se casaron el 29 de septiembre de 1988, cuando ella estaba embarazada de cuatro meses. Planeaban irse a vivir al Canadá.

LOS DESAHOGOS DE FERNANDO

Fernando Quinteros opina que los argentinos somos hijos del rigor. Añora la dictadura militar. "Los milicos hacen falta", proclama.

—Con la democracia aumentó la delincuencia, la desocupación, el país se llenó de inmigrantes, de mala gente. Yo con los milicos tenía dos laburos, y laburaba bien. Salía de mi casa y podía volver solo, nadie me iba a robar las zapatillas o la campera, como pasa ahora. Nadie se drogaba.

Fernando descrece de todo el mundo, aun de los militares. "Los veteranos de guerra estamos desamparados", dice.

—Nos desampararon las Fuerzas Armadas y los gobiernos. No me gusta participar en los centros de ex combatientes, no me siento representado por ellos. Supongo que no debería hacer falta que se sigan matando los veteranos para que nos den bola. Un día de estos, alguno de nosotros va a subirse a un edificio y va a empezar a matar gente. O se va a prender fuego frente al Presidente.

La muerte de su madre, en 1995, fue un golpe duro para Quinteros.

—Ya había formado mi familia, tenía esposa e hijos, pero me sentí muy solo. Pasé mucho tiempo llorando, sin comer ni dormir, levantándome todo transpirado. Relacioné todo lo malo que me había pasado en la vida: la muerte de mi viejo, cuando yo tenía 12 años; la guerra, y encima mi vieja. Ese fue el único momento en que pensé en suicidarme. Por eso, cuando estoy bien pienso que si algún día me tengo que suicidar, me voy a pegar un tiro en la boca, cosa de que mi familia me pueda velar. No quiero tirarme debajo de un tren ni nada de eso. Quiero que mis hijos se puedan despedir. Aunque ellos no entiendan lo que pasó, que por lo menos me puedan dar un beso en el cajón.

Fernando es el padre de seis hijos: cuatro con Paula, su primera mujer, y dos con Roxana, su actual pareja.

—A la chica que está conmigo ahora la conocí cuando todavía estaba con Paula. A mi mujer todavía la quería, pero se habían ido perdiendo muchas cosas por el tiempo, la rutina. Yo

le falté el respeto como persona. Me arrepiento, pero no lo pude evitar. Después, la primera vez que Roxana quedó embarazada, me hice cargo. Cuando quedó embarazada de nuevo le dije: 'Nena, cosétela, hacé algo porque no quiero más pibes. No estoy seguro de que vaya a seguir toda la vida con vos. Si algún día me voy, no voy a dejar tirados a los chicos, pero vos, ¿qué vas a hacer con tantas criaturas?'. Cuando tengo la oportunidad salgo con cualquier mina. Eso ella lo sabe. Es un escape.

"Siempre le agradezco a Dios por mi ex mujer. Gracias a ella no me maté, porque veo que mis hijos crecen sanos, fuertes, disfrutando de una infancia que yo no tuve. Eso me da fuerzas. Los primeros años de pareja estuvimos muy bien, hasta que me quedé sin trabajo y me descontrolé. Siempre tuve carácter fuerte. Salía a la mañana, volvía a la tarde y los chicos tenían que estar comidos y bañados, y la casa limpia. Si venía de noche, los chicos tenían que estar cenando, y si venía muy tarde, tenían que estar durmiendo. Aunque no me hacía falta exigir todo eso. Paula era una chica muy responsable, muy buena madre. Con el tiempo empecé a salir con minas. Podía faltar dos o tres días de casa, no me importaba nada. Muchos de los veteranos nos separamos por la misma razón. Nos queremos hacer los independientes, no nos damos cuenta de que ya no somos nenes de 18 años, que tenemos una familia formada y muchas responsabilidades.

"Le pegué varias veces a Paula. Le pegué, incluso, delante de la madre, y me acostumbré a cagarla a puteadas. Me puse agresivo. Yo me desahogo lastimando, haciéndoles daño a las personas que más me quieren. Por eso me gusta ir a ver a Charcarita, porque salgo de la cancha afónico, en paz. Es mucho mejor que agarrármela con mi familia. Muchos veteranos tenemos ese problema. Después nos arrepentimos pero ya es tarde, ya nos mandamos la cagada."

LOS DESAHOGOS DE MAXI

Maxi conoció a Beatriz en una disco de Quilmes. Luego de tres años de novios, se animó a llevarla a su casa para que la

conocieran sus padres. En 1989 se casaron y en 1991, al cabo de dos años de matrimonio, Beatriz supo que su esposo había estado en Malvinas.

—Si me ocultás esto ahora, me imagino lo que me vas a ocultar mañana —se enojó ella.

—Lo que pasa es que yo no te quiero traer mis problemas. Aparte, vos no me vas a entender.

—Sí que te voy a entender. Soy tu esposa —insistió Beatriz.

"Y no, hasta el día de hoy no me entiende", se lamenta Maxi.

—Hace cuatro años, estando casados y con ella embarazada, me pegué un palo tremendo con una moto, y tuve una fisura de cráneo y pérdida parcial de la memoria. No me quería matar: lo que buscaba era hacerme algún daño para que la culpa dejara de molestarme. Ahora, cada vez que estoy angustiado, agarro la moto y me voy al río. Me desahogo, lloro un rato y me vuelvo. Beatriz no me pregunta nada porque sabe que necesito estar solo.

Hace dos o tres años, Maxi fue al Hospital Naval a consultar al dentista y terminó internado en Campo de Mayo. Mientras esperaba que lo atendieran, se largó a llorar. Se acercaron algunos médicos, que no lo vieron en condiciones de salir a la calle. Lo llenaron de pastillas, lo durmieron. Empezaron un tratamiento que para Maxi no servía de mucho. "A mí no me importaban ni mi mujer ni mi nene ni nada. Vi que lo único que pensaban hacer era darme pastillas y dejé de tomarlas. Me encontré con un muchacho cordobés que estaba igual que yo."

—Nunca nos dan bola. Está todo mal. Hay que hacer algo para llamar la atención —le propuso el cordobés.

—Tenés razón —le dijo Maxi, y se tomó el resto de las pastillas de un saque.

Salieron del pabellón.

—¿Te gustaría subir al tanque de agua? —preguntó el cordobés.

—Sí, dale.

—Yo tengo ganas de tocar los aviones.

Subieron al tanque. El cordobés estiraba la mano, tratando de alcanzar los aviones. Maxi lo sostenía. En esa posición riesgosa, comenzaron a gritar.

—Hijos de puta, la van a pagar.

Los reflectores de la Policía Militar los iluminaron y la voz de un guardia les llegó a través de un megáfono.

—Bájense de ahí —se escuchó la orden.

—Vamos a tirarnos —le dijo el cordobés a Maxi—. Vamos a vivir igual, y por lo menos se van a acordar de que los veteranos hicimos quilombo.

—Vamos. Tirate vos primero.

—No, primero vos.

—¿Vos no querés tirarte, no?

—No, no quiero.

—Bueno, vamos a bajar.

“Cuando bajamos no nos pegaron, pero nos dijeron de todo”, cuenta Maxi. “Creo que nos dieron el alta para no tener quilombo. A mí me dijeron: ‘Bueno, ya estás bien, tomate unas pastillas y cada tanto pasá por consultorio externo’. El otro día me enteré de que el cordobés está muy mal, muy enfermo.”

LOS DESAHOGOS DE TACHI

“Nunca nadie supo que mi marido era violento hasta después de mi separación”, revela Marcela Paz, la viuda de Tachi.

—Los que lo vivían eran mis hijos, pero siempre de la puerta para adentro. Todos envidiaban el marido que yo tenía. Estaba siempre en casa, era muy compañero. Si salía, salía con sus hijos. No tenía amigos: no permitía que ningún conocido de él, ningún hombre, entrara a mi casa. Si tenía que hacer un mandado, cocinar o lavar ropa, lo hacía. A lo mejor piensan que me contradigo. No es eso, lo que pasa es que él se contradecía. Yo pensaba: ‘No puede ser tan bueno’. Y después se transformaba. Me pegaba fuerte y después me pedía perdón y se ponía a llorar. No tenía la intención de lastimarme, pero no se podía controlar. Eso sí, siempre fue muy metódico. Yo

siempre le decía: ‘Vos, en vez de una familia, querés tener un ejército’. Y él me respondía así: ‘Es la única manera en que se lleva adelante una casa’. Siempre quise hacerle entender que podía conversar conmigo. Que podía hablar con sus hijos, en lugar de mandarlos a dormir a las 9 de la noche. Fueron pasando los años y nunca me di cuenta de que estaba psicológicamente enfermo. Trabajaba como pintor, y a veces le tocaban edificios altos.

—Adrián, tené cuidado, vos trabajás en edificios altos y si te ponés nervioso te puede pasar algo, te podés caer de un andamio.

—¿Vos te creés que yo soy un tarado, un irresponsable? Yo sé que acá están mi esposa, mis hijos, que dependen de la plata que yo traigo...

“Tachi era un compañero muy responsable, muy serio, muy buen papá. Un excelente marido. Pero el 8 de agosto pasado tuvo un vuelco muy grande. Yo trabajaba en una peluquería y ese día, al irme, dejé prendido el aparato de esterilización. Me acordé en medio de la cena y dije: ‘Uy, tengo que hacer una llamada’. El teléfono estaba en la pieza y nosotros estábamos comiendo en el comedor. Llamé a la peluquera para que lo desconectara, no fuera cosa que después pasara algo y me hicieran responsable. Cuando colgué, Tachi estaba detrás de mí. Me golpeó en el ojo. Desde ese día, empezó a llamarme tres o cuatro veces por día a la peluquería, a ver si yo estaba. El 29 de octubre, día de mi cumpleaños, tuvimos una discusión muy fuerte y le dije que se fuera, que se había terminado todo. El 31 se fue de mi casa.”

ÚLTIMOS DÍAS DE JOSÉ

“Acá la estoy pasando peor que en Malvinas”, le dijo José Luis Cardoso a su hermana Vilma. Y Vilma cree que puede ser, porque cuando lo visitó en el Melchor Romero le pareció que era una especie de muerto en vida. Le habían cortado el pelo, tenía los dientes rotos y estaba dopado por las pastillas. El 21 de enero de 1989, su esposa Hilda y sus hermanas le llevaron

una torta: ese día cumplía 27 años. Los guardias del hospital la destrozaron, en busca de elementos cortantes o armas, así que debieron conformarse con comer los restos.

El sábado 4 de febrero, un grupo de veteranos amigos logró sacarlo del hospital, bajo la condición de que iniciara un tratamiento psiquiátrico. Antes de salir, el médico le dio una dosis extra de pastillas. En la semana, acompañado por su hermana Elena, visitó a su hermano Jorge, que aún estaba preso en Cañuelas. La mandó a comprar galletitas, para quedar a solas con Jorge. Cuando Elena regresó, los encontró llorando, abrazados. Nunca supo de qué habían hablado. Jorge, que murió de sida hace tres meses, se llevó consigo el secreto.

—El domingo a la noche me quedé a dormir en la casa de José e Hilda, nos acostamos todos, todo normal, yo dormía en la cocina, y a eso de las cuatro, cinco de la mañana, escuché un grito de mi cuñada, Elena, Elena, vení, me dijo, yo la miré y le digo qué pasa, ella lo agarró de los brazos y lo tironeaba, y él estiraba el cuerpo para la cama, y me dice ayudame, porque tu hermano tiene un arma debajo de la almohada y la quiere agarrar, sacaselá, entonces yo me tiro arriba de la cama, saco el arma de debajo de la almohada y me voy para el fondo, la escondo entre las plantas, cuando vuelvo él ya pasó de la pieza al baño, estaba desnudo y se metió en el baño, se encerró, yo digo qué pasó, no, no sé qué pasó, Hilda me dice en un momento dado se hizo pis en la cama, se levantó y se quería meter un tiro en la cabeza y yo no lo dejé, bueno, se metió en el baño y se encerró, Hilda le dijo José vas a tomar algo, porque justo tenía que salir con un amigo, sí, haceme café con leche, le respondió desde el baño, y el tiempo pasaba, pasaba y pasaba, y José no salía del baño, después de un rato abre la ducha, y le pregunto de nuevo si va a salir, sí, ya salgo, y ahí empezamos a notar que algo raro pasaba, y justo llama un amigo de él desde Canadá, mirá que Lito te llama por teléfono, decile que llame otro día, y cómo no lo vas a atender, y ahí ya sospechamos más, ya eran como las ocho, no sé, le mentí que Hilda se había descompuesto para que saliera del baño, y ni así, si nace una nena ponele tu nombre, si nace varón ponele tal nombre, él

hablaba todo desde el baño, pero José, salí, y yo con la oreja en la puerta, no se escuchaba nada, entonces en un momento Hilda dice bueno, vamos a llamar a Cavallo, que era un vecino de enfrente, y con él se tenía que ir, no sé adónde tenían que ir ese día a la mañana, entonces lo llamamos, mire, Cavallo, venga pronto, porque José está encerrado en el baño y no quiere salir, y Cavallo que le dice eh, pelotudo, que hacés ahí adentro, sí, ya salgo, vos servite algo, yo ya salgo, y en un momento escucho un quejido, y digo se está quejando, Cavallo va al fondo, agarra un tronco y empieza a golpear la puerta, y ahí se queja más fuerte, cada vez más fuerte, el tipo no puede abrir, le pega una piña a la puerta del baño y dice se está desangrando, y abre la puerta, tira el tronco y se va a buscar una ambulancia, la puerta entreabierta y yo mirándola a Hilda y ella me dice entrá vos, lo veo, está sentado en el bidet, con las piernas arriba, la parte de la nalga apoyada en el bidet y el resto del cuerpo tirado hacia abajo con el brazo así, los ojos abiertos, la muñeca cortada, entonces Hilda me pasa una media y yo le ato la media en la muñeca, y entonces lo levanto, y cuando lo levanto se va para el otro lado, se da vuelta la cabeza, tiene toda esta parte abierta, yo pensé que estaba vivo, que estaba desmayado nomás, pero no, tiene unos coágulos de sangre impresionantes, parecía que estaba todo para afuera, degollado parecía que estaba, y entonces Hilda me pregunta qué más tiene, y, tiene otro corte acá en el cuello, y cómo es, y no sé, un corte, qué se yo, le digo, y ahí, bueno, entra este hombre de nuevo con un paramédico, y el tipo no lo quiere ni tocar, Cavallo le dice vamos, boludo, vamos a sacarlo afuera, no, yo no lo toco y se va, entonces Cavallo lo agarró de las piernas, yo de los brazos y lo sacamos, lo arrastramos hasta la cocina, ahí lo dejamos, en la cocina, después de eso vino la policía, vino a sacar fotos, porque en el azulejo del baño decía muero con los huevos bien... y después de bien, los cinco dedos marcados para abajo. Y bueno, ahí ya no me acuerdo más, porque, no sé, estaba como en un mundo aparte.

ÚLTIMOS DÍAS DE TACHI

La noche del sábado 20 de noviembre de 1999, Eduardo Adrián Paz cenó con su esposa y sus hijos. Según Marcela, él quería que volvieran a vivir juntos; ella no estaba segura de que la separación fuera definitiva, aunque por el momento prefería dejar las cosas como estaban.

—¿Ya se van a ir a dormir los chicos?

—Y sí, Tachi, ya es la una de la mañana.

—Bueno, cuando se vayan a dormir, me voy.

—No te vayas si no querés. Miramos una película, tomamos unos mates y charlamos un rato.

Se quedó hasta las cuatro. Marcela cuenta que, esa noche, Tachi le pidió volver.

—No te apures. Dame tiempo, date tu tiempo... —le pidió.

Al día siguiente, Facundo Paz pasó por la pensión donde estaba viviendo su padre, a ver cómo estaba. Volvió muy triste.

—¿Qué te pasa, Facu?

—Pasé por la casa de papá y estaba con todas nuestras fotos arriba de la cama. Tenía los ojos húmedos, se ve que estuvo llorando...

El lunes 22 de noviembre, a las ocho de la mañana, Eduardo Adrián Paz visitó a su familia. Estaba dopado.

—¿Qué hiciste? —preguntó Marcela, asustada.

—Tomé unas pastillas, no podía dormir. No me pude dormir en toda la noche.

—¿Cuántas tomaste?

—No sé, once...

Marcela llamó a Graciela, la hermana de su esposo. Le dijo que no lo veía bien, que tenía miedo de que le pasara algo si se iba. Vino Graciela.

—¿Qué hiciste? ¿Cómo vas a tomar pastillas?

—Estoy bien. Quedate tranquila.

—Dale, vamos para casa. Te bañás, comés algo y te acostás a dormir.

Tachi durmió desde las 9 de la mañana hasta las 2 de la tarde, de modo que probablemente no había tomado tantas

pastillas como dijo. Mientras dormía, Graciela le echó un poco de agua bendita, porque no lo veía bien. Cuando se despertó, no quiso bañarse, a pesar de la maternal insistencia de su hermana.

Almorzó milanesas con puré de zapallo. Cuando terminó de comer se quiso ir. Graciela lo convenció de tomar un cafecito. Tachi le comentó su plan de irse a pintar barcos al Sur. Después le pidió que lo llevara al centro.

—Dale, llevame que tengo que ir a lo de los ex combatientes a firmar unos papeles.

—¿Estás seguro?

La Traffic arrancó. En el camino, ella intentó retenerlo un rato más.

—Dale, vamos a tomar un heladito.

—No, no puedo. Llevame al centro que tengo que hacer algo muy importante.

A las 15.10, Graciela lo dejó en la esquina de Corrientes y San Juan, a apenas unas cuadras del Monumento a la Bandera. Se quedó unos minutos mirando cómo su hermano, Eduardo Adrián Paz, se alejaba, hasta que lo perdió de vista para siempre.